

El cristiano según la moda y el cristiano según el Evangelio (IV)

10° El cristiano según la moda frente a los mandamientos de Dios.

Dios, por Moisés, nos dio su ley en diez mandamientos, que estaban escritos en dos tablas de piedra: la primera contenía los tres primeros mandamientos, y la segunda los otros siete. Los mandamientos de la primera tabla nos enseñan nuestros deberes con Dios, mientras que los mandamientos de la segunda tabla contienen nuestros deberes hacia nuestro prójimo.

En la primera tabla, Dios nos manda adorarlo sólo a El y amarlo sobre todas las cosas, respetar su nombre y no jurar en vano, y finalmente observar su día, el que El ha reservado para su culto, que es el domingo.

En la segunda tabla, Dios regula la vida del hombre respecto de sus padres, a quienes debe honrar para vivir más; respecto de los demás hombres, cuya vida, honor y propiedad debe respetar; y respecto de sí mismo, prohibiéndole todo odio, toda lujuria, toda mentira, toda vana ambición.

Tal es la economía de la ley de Dios: todo en ella es *puro e inmaculado*, como dice el Salmo (Sal. 18 6); todo es cumplidamente justo y santo; es la obra de Dios, digna de su Autor.

*Hay preceptos en la ley que se llaman **afirmativos**, que prescriben los deberes que hemos de cumplir, como adorar a Dios y amarlo: tales preceptos sólo obligan en un momento determinado, como el precepto de santificar las fiestas sólo obliga en un día determinado. Y hay también preceptos **negativos**, los que nos prohíben aquellas faltas que debemos evitar, como el hurto y el homicidio: tales preceptos obligan en todo momento, de modo que no hay un solo instante en que podamos mentir o robar.*

Una vez establecidos estos principios, preguntémosnos cuál es la actitud de los cristianos hacia los santos mandamientos.

El cristiano según el Evangelio, que ama a Dios por sobre todas las cosas, ama sus mandamientos siempre y en todas partes: encuentra su ley justa, santa y buena, y más deseable que el oro y la miel. Dice con el Salmista: «*Cuánto amo tu ley, Señor: todo el día está conmigo regulando mis pensamientos, mis afectos y mis acciones*» (Sal. 118). Encuentra suave el yugo del Señor y ligera su carga.

Ama a Dios y, por eso mismo, la voluntad de Dios le es dulce y preferible a todas las cosas. El *cristiano según la moda*, en cambio, ve también que hay un yugo, pero no lo encuentra suave; siente que hay una carga, pero la encuentra pesada.

El *cristiano según el Evangelio* se preocupa más por los preceptos afirmativos que por los negativos; evita el mal, sí, pero porque se aplica completamente a querer y hacer el bien que agrada a Dios. Mientras que *el cristiano según la moda*, poco celoso del bien, corre a menudo ante el mal que Dios le ordena evitar, y siente por él un afecto que le hace sentir pesada la carga del mandamiento.

El *cristiano según el Evangelio* cree que, si no ama a Dios por encima de todo, no ha hecho nada. El *cristiano según la moda*, en cambio, piensa que hace mucho evitando ciertas faltas señaladas por los preceptos negativos, y cree ser lo bastante virtuoso cuando puede decir: «Ni robo ni mato».

Así, el *cristiano según el Evangelio* se aplica por entero a los mandamientos de la primera tabla, y porque los guarda, no falla en los mandamientos de la segunda. Mientras que *el cristiano según la moda* está mucho más ocupado con los mandamientos de la segunda tabla: si reconoce alguna falta, de esta tabla se trata; en cuanto a la primera, no tiene nada o casi nada de qué avergonzarse. ¡Es tan fácil fingir que amas a Dios!

Si Dios pusiese su ley a merced de los hombres y les diera permiso para modificarla según sus gustos, ¿qué sucedería? Que EL CRISTIANO SEGÚN LA MODA no dejaría de pedir reformas: nuestros tiempos ya no son los de antes, los hombres han progresado, la naturaleza ha cambiado, y la ley de Dios no puede quedar rezagada: debe adaptarse a los nuevos tiempos. EL CRISTIANO SEGÚN EL EVANGELIO, en cambio, al amar a Dios sobre todas las cosas, y su santa ley en todo, no dejaría de exclamar: «Padre nuestro que estás en los cielos, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». No pediría que se revisara su ley, sino que suplicaría con humildad la gracia de observarla y de ser siempre fiel a ella.

11º El cristiano según la moda y la observancia del primer mandamiento.

Hay en la moral cristiana un mandamiento completamente desconocido en las religiones falsas: el mandamiento de *amar a Dios*, de amarlo *por Sí mismo* y de amarlo *sobre todas las cosas*. Y es que sólo el Dios verdadero podía reclamar un homenaje tan completo de su criatura; y lo hizo; y a este mandamiento lo llamó el primero y gran mandamiento.

El amor que Dios exige de nosotros es un amor que le someta a todo el hombre: sus pensamientos y acciones, sus deseos y afectos, su mente y su corazón. En esta sumisión completa y absoluta, el hombre encuentra la regla segura de toda su vida moral, la dirección segura e infalible de toda su conducta; allí, y solo allí, encuentra orden y paz.

San Agustín expresó esta gran verdad en una sola frase: «Ama, et fac quod vis»: Ama y luego haz lo que quieras; queriendo con ello decir: Si obedeces la ley del amor que

le debes a Dios, la obediencia que así rendirás a tu Creador regulará tan bien en ti todas las cosas, que podrás hacer lo que quieras: nunca querrás nada contra Dios, ya que lo amarás como El quiere ser amado.

Este mandamiento del amor tiene, por tanto, un poder maravilloso, sobre todo el de llevar la alegría a todas partes. Quien ama a Dios encuentra, al hacer su voluntad y obedecer a sus mandamientos, un gozo puro, verdadero y eterno. «Ubi amatur, non laboratur», sigue diciendo San Agustín: Donde se ama no se sufre; y como se le podrían objetar los sufrimientos de los mártires, o los dolores inevitables de la vida, añade: «Aut si laboratur, et labor amatur»: Y si se sufre, ese mismo sufrimiento se ama, porque se convierte en un ejercicio de amor, en un medio de manifestar el amor.

Esto es lo que saben *los cristianos según el Evangelio*; mientras que *el cristiano según la moda*, o no ama, o no ama lo suficiente para cumplir el gran mandamiento. La ciencia del amor no es una ciencia tan común: hay pocos que la deseen y pocos que la enseñen; y quienes la enseñan tienen tan solo un reducidísimo número de verdaderos discípulos.

Al *cristiano según la moda* le resulta más fácil no amar como Dios manda: se imagina que de este modo es más dueño de sí mismo, y que tiene que imponerse menos coacciones. En lo cual anda muy equivocado. Al no querer obedecer al amor que le daría la libertad, obedece a los amores que lo mantienen en esclavitud. No hay término medio. El hombre es verdaderamente libre cuando se sujeta en todo a Dios; pero si pierde esta santa libertad de los hijos de Dios, necesariamente cae en la esclavitud de todos los amores que siguen siendo posibles a quien ha perdido el amor de Dios. Pues bien, *el cristiano según la moda* está con demasiada frecuencia a merced de amores extraviados. De ahí provienen todas sus faltas, y todas sus penas interiores, y su dificultad para orar, y su desprecio de las cosas espirituales.

Sería imposible decir cuántos son los males que se han extendido en el mundo, tanto en los individuos como en la sociedad, como resultado del incumplimiento del gran mandamiento. Sería igualmente imposible decir cuántos bienes se derramarían en las almas, y por ende en toda la sociedad, si se observara el gran mandamiento.

Pero para guardar así el gran mandamiento, nos harían falta grandes santos. Es nuestra más apremiante necesidad. Señor, ¿será nuestra necesidad una razón suficiente para que nos los otorgues? Si así es, Señor, danoslos, y pronto.

12º El cristiano según la moda no conoce debidamente la gracia de Dios.

El cristiano según la moda no conoce, o sólo muy imperfectamente, la gracia de Dios. La gracia es para él un nombre digno de respeto, pero cuyo significado no le resulta claro; y, por lo mismo, se hace **una idea falsa de la gracia de Dios**.

¿Acaso no imagina con demasiada frecuencia que la gracia de Dios es una especie de apoyo moral que Dios ha puesto generosamente a su lado, y del que él, cristiano al día, hará el uso que se le antoje? Así, un día lo tendrá en consideración,

y lo aprovechará, y caminará con él; pero otro día dejará de lado ese **apoyo moral**, caminando solo, **como un hombre**, para volver luego a valerse de ese apoyo que siempre lo espera, y que siempre está a su disposición, para aprovecharlo o dejarlo de lado, las veces que sea y según se le antoje.

*EL CRISTIANO SEGÚN LA MODA imagina que la gracia es algo similar a un bastón de viaje, que tenemos junto a nosotros, del que nos valemos a veces para volver luego a ponerlo en su lugar, según la voluntad de su dueño. Se imagina también fácilmente que este instrumento es **algo que le es debido**, y que si Dios no lo pusiera así a su disposición, dejaría de ser justo... La gracia deja entonces de ser gracia, y pasa a ser una deuda de Dios hacia su criatura.*

El cristiano según el Evangelio ve las cosas de manera muy distinta. Para él, la **gratuidad de la gracia divina** es una verdad de primer orden, que viene incluida en el tesoro de la fe, y que es incluso uno de sus puntos principales.

Con esto, se guarda muy bien de considerar la gracia como una ayuda externa, a disposición de todos. Al contrario, sabe que la gracia es un don interior, una influencia divina que obra en nuestra inteligencia y en nuestra voluntad, creando en nosotros el pensamiento saludable y el movimiento piadoso, y «operando en nosotros – como dice San Pablo– el querer y el obrar» (Fil. 2 13). De este modo EL CRISTIANO SEGÚN EL EVANGELIO, cuando hace el bien, se dice a sí mismo: «Es gracia de Dios»; y cuando haya merecido la vida eterna, se dirá igualmente: «Es gracia de Dios»: «Gratia Dei, vita aeterna» (Rom. 6 23).

El cristiano según la moda, al no conocer bien esta gracia interior que es el alma del cristianismo y el principio de todo mérito, a menudo reduce la religión a puras fórmulas y formalidades.

«Dios es espíritu», y quiere ser adorado en espíritu (Jn. 4 24). El hombre, siendo a la vez cuerpo y alma, no puede dejar de estar sujeto a ciertas formas y a ciertas fórmulas; pero así como el cuerpo ha de ser vivificado por un alma, del mismo modo en los cristianos las fórmulas y formas han de ser vivificadas por el espíritu interior. Un hombre sin alma es un cadáver; y un cristiano sin espíritu interior es un puro formalismo, una apariencia de cristiano.

¿No hay cristianos que piensan haber hecho el acto de fe, por el solo hecho de recitar la fórmula: «Dios mío, creo...»? Si así fuera, San Pedro y San Pablo nunca habrían hecho actos de fe, porque estas fórmulas son bien recientes... ¿Qué peligro no hay en pensar que se ha hecho bien el acto de contrición simplemente con pronunciar las palabras: «Dios mío, me arrepiento de todo corazón...»? Las fórmulas pueden y deben acompañar los actos de las virtudes cristianas, pero la fórmula no es el acto, y esto es lo que muchos cristianos ignoran hoy.

¡Pobres cristianos según la moda! Para no ser del número de ellos, y ser cristianos según el Evangelio, pidamos a Dios el don de una fe cabal.